

NARRACION SEGUNDA

REFLUMEN TEMPORIS 1

I

QUÆRENS. — Mucho tiempo ha ¡oh Lumen! que las revoluciones interrumpidas por la aurora, han dejado á mi alma ansiosa de penetrar mas y mas el singular misterio. Así como el niño, á quien han enseñado una sabrosa fruta, desea clavar en ella sus dientes engolosinados y pide que le den mas cuando la ha probado, así tambien mi curiosidad busca nuevos deleites en las paradojas de la naturaleza. ¿Será temeraria indiscrecion someteros algunas cuestiones complementarias que me han comunicado mis amigos desde que

Escrita en 1867.

les he hecho partícipes de nuestra conversacion. ¿podré pedirlos que continúeis la narracion de nuestras impresiones de ultra tierra?

LUMEN. — No puedo, amigo, satisfacer semejante curiosidad. Por mas que vuestra alma esté perfectamente dispuesta á recibir bien mis palabras, estoy persuadido, sin embargo, que no todas las particularidades del asunto de que trato han producido en vos la misma sensacion, ni tienen todas, á vuestros ojos, la evidencia de la verdad. Se ha acusado á mi narracion de ser mística y no se ha acabado de comprender que ni es una novela ni una fantasia, sinó una verdad científica, un hecho fisico demostrable y demostrado, indiscutible, y tan positivo como la caida de un aerólito ó el movimiento de una bala de cañon. La razon que os ha impedido, á vos y á vuestros amigos, de comprender bien la realidad del hecho, es la siguiente: que ese hecho acontece fuera de la Tierra, en una region extraña á la esfera de vuestras impresiones é inaccesible á vuestros sentidos terrestres. Es natural que no lo entendais. (Perdonad mi franqueza, pero en el mundo espiritual se ha de ser franco y hasta los pensamientos son visibles). Solo podeis entender lo que pertenece al mundo de vuestras impresiones, y como

estais dispuestos á creer *absolutas* vuestras ideas sobre el tiempo y el espacio, á pesar de que no son mas que relativas, teneis cerrado el entendimiento á las verdades que residen fuera de vuestra esfera y que no están en correspondencia con vuestras facultades orgánicas terrestres. Así pues, amigo mio, continuar la narracion de mis observaciones extra-terrestres, no seria haceros un verdadero favor.

QERENS. — Creed, ¡oh Lumen! que no es por un espíritu de mera curiosidad, que me tomo la libertad de evocaros desde el seno del mundo invisible, donde las almas superiores deben disfrutar de inenarrables goces; pero he comprendido, mejor de lo que os figurais, la grandiosidad del problema, y bajo la inspiracion de una estudiosa avidéz, busco aspectos mas nuevos todavia que los precedentes, si es posible, es decir, mas atrevidos y mas incomprendibles aun. Á fuerza de reflexionar he llegado á creer que no es nada lo que sabemos, y lo que no sabemos es todo. Me hallo, pues, dispuesto á acogerlo todo y os suplico que me deis participar de vuestras impresiones...

LUMEN. — Os aseguro, amigo mio, que no estais dispuesto á entenderlas, ó que lo estais

demasiado. En el primer caso, no las comprenderéis; en el segundo, sereis muy crédulo y no apreciareis su valor.

Así pues vuelvo...

QUÆRENS. — ¡Querido compañero de mis días terrestres!...

LUMEN. — Además, los hechos de que tendria que hablaros ahora son aun mas extraordinarios que los precedentes.

QUÆRENS. — Soy como Tántalo en medio de su lago, como los espíritus del vigésimo cuarto canto del Purgatorio, como los brazos tendidos hácia las olorosas manzanas de las Hespérides, como el deseo de Eva...

LUMEN. — Algun tiempo despues de mi marcha de la Tierra, los ojos de mi alma se volvian melancólicamente hácia esa patria, cuando un atento exámen acerca de la intercesion del 45° de latitud boreal y del 35° de longitud, me mostró un triángulo de tierra firme pardusca encima del mar Negro, en cuya orilla, por el lado del Oeste, un gran número de mis pobres hermanos terrestres se estaban matando con encarnizamiento. Me puse á reflexionar sobre la barbárie de esa institucion seudo-gloriosa de la guerra, que pesa aun sobre vosotros, y reconocí que en

ese rincon de la Crimea sucumbian 800,000 hombres que ignoraban la causa de su mutuo degüello. Unas nubes pasaron por Europa.

Me hallaba entónces, no sobre Capella, sino en el espacio, entre esa estrella y la Tierra, poco mas ó ménos á la mitad de la distancia de Vega, habiendo ya algun tiempo que habia partido de la Tierra, me dirigí hácia una pequeña nebulosa que se distingue de la Tierra á la izquierda del astro precedente. Mis ideas, sin embargo, se volvian de cuando en cuando hácia la Tierra. Unos momentos despues de la observacion precedente, habiendo vuelto mis ojos á Paris, se quedaron pasmados al verle presa de una insurreccion popular; y fijando mas la atencion, vi barricadas en los boulevares, cerca de la Casa de la Ciudad, en las calles largas y los ciudadanos se tiroteaban mutuamente. La primera idea que me vino, fué que se estaba llevando á cabo una nueva revolucion y que Napoleon III era arrojado de su trono; pero por una correspondencia secreta de las almas, llamó mis miradas una barricada del arrabal de San Antonio, sobre la cual vi tendido el cadáver del Arzobispo Dionisio Augusto Afre á quien conocí muy poco. Sus ojos apagados miraban, sin

verle, el cielo donde yo estaba y sus manos tenían agarrada una rama verde. Tenia, pues, ante la vista, las jornadas de Junio de 1848 y en particular la del 23. — Pasaron algunos instantes, acaso algunas horas, durante las cuales mi imaginacion y mi razon buscaban alternativamente la explicacion de este hecho particular: Ver á 1848 *despues* de 1854, cuando atraida de nuevo mi vista hácia la Tierra notó una distribucion de banderas tricolores en una gran plaza de la ciudad de Lyon. Procurando distinguir el personaje oficial que hacia esta distribucion, reconocí sin trabajo el simpático semblante del jóven duque de Orleans, y acordeme que despues del advenimiento de Luis Felipe, se envió á aquel jóven príncipe á calmar las agitaciones de la capital de la industria francesa. Siguese de aquí que despues de 1854 y 1848, tenia ante los ojos un hecho acaecido en 1831. Un poco mas tarde se dirigió mi mirada sobre Paris en un dia de fiesta popular. Un corpulento rey con abultada barriga y rubicunda foz, atravesaba en aquel momento el Puente Nuevo, en una magnífica carroza. Un grupo de niñas, vestidas de blanco, parecia una canasta de lilas, puesta en el terraplen del puente. Extraños animales, coloreados,

corrian por Paris. Era evidentemente la vuelta á Francia de los Borbones. No hubiera entendido nada sobre esta última particularidad, á no haberme acordado que en aquella época se lanzaron al aire muchos y escogidos globos aereostáticos en forma de animales. Desde lo alto del cielo parecian correr, con muy poca gracia, sobre los techos.

Volver á ver un acontecimiento pasado, lo comprendí esplicándolo por las leyes de la luz; pero volver á ver los acontecimientos de un modo contrario á su órden real, era cosa que se volvia enteramente fantástica, y (segun me decia yo á mi mismo), me hubiera llevado á la divagacion, si procurase explicar esta imposibilidad.

Sin embargo, como tenia los hechos ante los ojos, no podia negarlos y así traté de averiguar la hipótesis que podia darme cuenta de semejante singularidad.

La primera hipótesis era esta: la Tierra es bien lo que veo, y por un destino cuyo secreto solo Dios conoce, la historia de Francia vuelve á pasar casi por las mismas fases que ha atravesado ya: adelantada hasta cierto máximun, que está representado por el año de la exposicion universal, retrocede hácia sus orígenes por una os-

cilacion que puede existir en la humanidad, como en las oscilaciones de la aguja imanada, como en el movimiento de los astros. Los personajes que me parecen ser aquí el duque de Orleans y Luis XVIII son acaso otros principes que repiten exactamente lo que han hecho los primeros.

Esta hipótesis, sin embargo, me pareció bien extraordinaria y me detendré en una teoria mas racional:

Dada la multitud de las estrellas y planetas que gravitan al rededor de cada una de ellas, me preguntaba yo, ¿qué probabilidad hay para que se halle en el espacio un mundo exactamente semejante á la Tierra?

El cálculo de las probabilidades responde á esta pregunta. Cuanto mas grande sea el número de mundos, mayor será la probabilidad de que las fuerzas de la naturaleza hayan originado una organizacion semejante á la de la Tierra. Asi pues, el número real de los mundos es superior á toda la numeracion humana escrita ó imposible de escribirla. Si comprendiésemos el infinito, nos fuera acaso licito decir que ese número es el infinito. Concluyo de aquí que hay una gran probabilidad en favor de la existencia de uno ó muchos mundos exactamente semejantes á la

Tierra, en cuya superficie se consumaria la misma historia, la misma sucesion de acontecimientos, habitados por las mismas especies vegetales y animales, por la misma humanidad, los mismos hombres, las mismas familias, idénticamente.

Me pregunté, en segundo lugar, si este mundo, á la par de ser análogo á la Tierra, no podria tambien serle *simétrico*. En este punto entré en la geometria y en la teoria metafisica de las imágenes, llegando á convencerme de que era *posible* que el mundo en cuestion fuese semejante á la Tierra, pero, sin embargo, inverso. Cuando os mirais en un espejo notais que el anillo de vuestra mano derecha ha pasado al dedo anular de la izquierda, lo que modifica su símbolo; si guiñais el ojo derecho, ó tendeis el brazo del mismo lado, vuestra imagen guiña el ojo y tiende el brazo izquierdo. ¿Es imposible que en la afinidad de los astros exista un mundo exactamente inverso al del mundo terrestre? Á buen seguro que en una infinidad de mundos, lo imposible seria, al contrario, que no hubiese ninguno, siendo asi que mas bien los hay á miles que uno solo. La naturaleza no solo ha debido repetirse y reproducirse, sino representar la creacion bajo todas las formas. Creia pues que el mundo donde veia esas

cosas no era la Tierra, sino un globo semejante cuya historia era precisamente lo contrario de la vuestra.

QUÆRENS. — Tambien yo me he imaginado que eso podia ser así. Pero ¿no os era fácil cercioraros del hecho y hacer constar si era verdaderamente la Tierra ú otro astro, lo que teniais ante los ojos, examinando su posicion astronómica?

LUMEN. — Eso es precisamente lo que hice y este exámen me confirmó en mi idea. El astro en que acababa de percibir cuatro hechos análogos á cuatro hechos terrestres, pero inversos, no me pareció que ocupaba la primitiva posicion. La pequeña constelacion de El Altar habia dejado de existir, y en ese lado del cielo donde ya os acordais que me habia aparecido la Tierra, en mi primer episodio, habia un poligono irregular de estrellas desconocidas. Adquirí así la conviccion que no era nuestra Tierra lo que tenia delante de mí, y no cupiéndome ya la menor duda sobre ello, tenia desde entónces, por campo de exploracion, un mundo tanto mas curioso quanto que este no era la Tierra y que su historia parecia representar, en un órden inverso, un cuadro de la historia de la Tierra.

Algunos acontecimientos, á la verdad, me pa-

reció que tenian sus análogos sobre la Tierra, pero en general la coincidencia fué muy notable, con tanto mas motivo quanto que el desprecio con que yo miraba á los institutores de la guerra, me habia lisongeadó con la idea de que este azote no debia existir en otros mundos, y que al contrario, la mayor parte de los acontecimientos que presencié, eran aun combates ó preparativos de luchas.

Despues de una batalla que me pareció ser semejante á la de Waterlloo vi la batalla de las Pirámides. Una imagen de Napoleon emperador se habia vuelto primer cónsul, y vi la Revolucion suceder al Consulado. Noté algùn tiempo despues la plaza del castillo de Versalles, cubierta de coches de luto, y en un sendero descubierto de Ville d'Avray, reconocí el paso lento del botánico Juan Jacobo Rousseau, que sin duda estaba filosofando en aquel momento sobre la muerte de Luis XV. El acontecimiento que despues llamó mas mi atencion, fué una de las fiestas de gala del principio del reinado de Luis XV, dignas hijas de las de la Regencia, en las que el tesoro de Francia se deslizaba en perlas de agua por entre los dedos de tres ó cuatro cortesanas adoradas. Vi á Voltaire con gorro de dormir en su

parque de Ferney y despues á Bossuet paseándose por el terraplen de su palacio episcopal de Meaux, no léjos de la pequeña colina que corta hoy el camino de hierro, pero sin hallar allí la menor huella de esta industria. En esta misma sucesion de acontecimientos, veia los caminos cubiertos de diligencias y vastas naves de velas en los mares. El vapor habia desaparecido con todas las grandes fábricas que hace mover en nuestros dias. El telégrafo tambien se habia aniquilado, asi como todas las aplicaciones de la electricidad. Los globos que habian aparecido de cuando en cuando en mi campo de observacion, se habian perdido y el último que vi era el disforme que elevaron en Annonay los hermanos Mongolfier, en presencia de los citados generales. La faz del mundo habia cambiado ya; Paris, Lyon, Marsella, el Havre y Versalles, sobre todo, estaban desconocidos: las tres primeras ciudades habian perdido su inmenso movimiento, pero la última habia ganado un brillo incomparable. Me habia formado una idea muy imperfecta del régio esplendor de las fiestas de Versalles, y sumamente satisfecho de asistir á ellas, me hallé muy conmovido, en el fondo de mi alma, al ver á Luis XIV en persona en el suntuoso terraplen del Oeste,

rodeado de mil señores engalanados. Era por la tarde y los últimos rayos de un sol ardiente se reflejaban en la real fachada, mientras que galantes parejas bajaban gravemente por la escalera de mármol ó se dirigian á las sombrías y silenciosas alamedas.

Mi vista se volvia de preferencia hácia la Francia ó al menos hácia la region del mundo desconocido que me representaba la Francia, pues por mas léjos que se esté de su país, siempre se acuerda uno de él y cada vez se lleva á él el pensamiento con el mayor placer. No creais que las almas desencarnadas sean desdeñosas, frias y libres de todo recuerdo, pues en este caso serian muy tristes nuestras existencias. No: guardamos la facultad de recordar lo pasado y nuestro corazon no se absorbe en la vida del espíritu. Así pues, considerad el goce que experimenté cuando volví á ver desarrollarse ante mi vista toda la historia de Francia, como si sus fases se hubiesen cumplido en un órden inverso. Despues de la unificacion del pueblo, vi la soberanía de un potentado y tras de esta el feudalismo señorial. Mazarino, Richelieu, Luis XIII y Enrique IV se me aparecieron en Saint-Germain. Los Borbones y los Guisas volvieron á empezar para mi sus escaramuzas:

creo vislumbrar la jornada de San Bartolomé. Varios hechos particulares de la historia de nuestras provincias me aparecieron de nuevo, como por ejemplo, una escena de la Diableria de Chaumont, que tuve tiempo de observar delante de la Iglesia de San Juan, y el degüello de los protestantes en Vassy. Estas escenas me llenaron de indignacion, pero luego despues me quedé agradablemente sorprendido al ver el magnífico cometa en forma de sable de 1577. Percibí, en una lejana llanura, á Francisco I y á Carlos V saludándose. Luis XI se me apareció en un terraplen de la Bastilla; las estatuitas de su sombrero me lo hicieron reconocer. Despues tendí la vista sobre una plaza de Ruan y noté una espesa humareda y llamas, en medio de las cuales se consumía el cuerpo de la doncella de Orleans.

Persuadido de que este mundo era exactamente la contra partida de la Tierra, adiviné de antemano los acontecimientos que iba á ver. Así pues mi sorpresa no fué grande cuando, despues de haber visto á san Luis muriendo al pié de Tunez, asisti á la octava cruzada, luego á la tercera, en la cual reconocí á Federico Barbaroja por sus barbas y despues á la primera en la que Pedro el Hermitaño y Godofredo de

Bullon me trajeron al Tasso á la memoria. Esperaba ver sucesivamente á Húgo Capeto cantar las visperas con capa pluvial; al concilio de Tauriaco decidir que se vá á pronunciar el juicio de Dios en la batalla de Fontanet y á Carlos el Calvo degollar en ella á cien mil hombres y á toda la nobleza merovingiana; á Carlomagno coronado en Roma; la guerra contra los Sajones y los Lombardos; á Carlos Martel amartillando á los Sarracenos; al rey Dagoberto haciendo construir la abadía de San Dionisio, así como habia visto á Alejandro III poner la primera piedra de la iglesia de Nuestra Señora; á Brunehaut arrastrado por tierra por un caballo; á los Visigodos, á los Vándalos, á los Ostrogodos, á Clodoveo y á Meroveo aparecerse en el pais de los Salios, en una palabra, desarrollarse, en órden inverso á su sucesion, todos los origenes de la historia de Francia, como efectivamente sucedió. Muchas cuestiones históricas muy importantes, que hasta entonces me habian parecido oscuras, se me aclararon; y así puede establecer, entre otras, que los franceses son originarios de la márgen derecha del Rin y que los alemanes no tienen razon alguna para disputarles ese rio, sobre todo la márgen izquierda.

Es verdad que habia para mi un interés mayor de lo que pudiera expresar en asistir de este modo á unos acontecimientos de los que solo tenia una vaga idea por los ecos á menudo fallaces de la historia, y en visitar unos países desde tan largo tiempo transformados. La vasta y brillante capital de la civilizacion moderna habia envejecido rápidamente y estrechádose hasta el punto de las ciudades ordinarias, pero encastillándose con torres almenadas. Admiré alternativamente la hermosa ciudad del siglo xv, los tipos curiosos de su arqueología, la célebre torre de Nesles, los vastos conventos de Saint Germain des Prés. Allí donde florece ahora el jardín de la torre de Saint Jacques, reconocí el pátio sombrío del alquímista Nicolás Flamel. Sus redondos y puntiagudos tejados hacian el singular efecto de hongos en la orilla del rio. Este aspecto feudal desapareció á su vez para dejar el puesto á un simple castillo edificado en medio del Sena, rodeado de algunas cabañas, y en fin, á un verdadero campo donde se percibian tan solo unas chozas de salvajes. Paris no existia ya y el Sena deslizaba sus aguas silenciosas en medio de la yerba y de los sauces. Noté, al mismo tiempo, que el foco de la civilizacion habia mudado de

sitio y bajado hácia el sur. ¡Os lo confesaré, amigo mio? En ninguna otra circunstancia experimentó mi alma una sensacion tan viva de goce, como en el momento en que me fué licito ver á la Roma de los Césares con todo su esplendor. Era un dia de triunfo, é indudablemente bajo los principes sirios, pues en medio de las magnificencias exteriores, de los brillantes carros, de las oriflamas de púrpura, de un senado de mujeres elegantes y de ministros de ópera, distinguí á un emperador, muellemente recostado en un carro dorado, completamente vestido de seda clara y cubierto de piedras preciosas, de adornos de oro y plata resplandecientes al sol del mediodía. No podia ser nadie mas que Heliogábalo, el sacerdote del sol. El coliseo, el templo de Antinoo, los arcos de triunfo, la columna Trajana, se hallaban contruidos y Roma estaba en toda su belleza arqueológica, última belleza que no era mas que una escena de teatro para bufones coronados. Algo mas tarde asisti á la grandiosa erupcion del Vesubio que sepultó á Herculano y Pompeya. Vi á Roma en llamas por un momento y aunque no pude distinguir á Neron en su terraplen, estaba bien persuadido que lo que tenia ante mi vista era el incendio del año 64 y la señal de las per-

secuciones cristianas. Algunas horas despues estaba aun ocupada mi imaginacion en examinar los vastos jardines de Tiberio y acababa de ver llegar á este emperador cerca del jardin de rosas, cuando á consecuencia de la rotacion de la Tierra sobre su eje, vino la Judea á colocarse bajo mi ansiosa mirada, que adivinó inmediatamente á Jerusalem y al monte Gólgota. Subia Jesús por esta montaña, rodeado de algunas mujeres, escoltado por una partida de soldados y seguido de un populacho de Judíos. Este espectáculo es uno de los que nunca olvidaré. Era para mí diferente que para los demás vivientes que asistian á este espectáculo, pues la gloria futura (y sin embargo pasada) de la Iglesia cristiana se desplegaba, como la coronacion del divino sacrificio... No insisto mas, pues comprendereis facilmente los diversos sentimientos que agitaron mi alma en esta observacion suprema.....

Volviendo luego á Roma, reconocí á Julio César tendido en el suelo, teniendo á su cabecera á Antonio, que tenia, segun creo, en su mano izquierda, un rollo de papiros. Los conjurados bajaban apresuradamente por las márgenes del Tiber. Repasando, por una natural curiosidad

la vida de Julio César, le hallé otra vez con Vercingetorix en el seno de las Gálias, y pude hacer constar que todas las hipótesis que nuestros modernos han hecho sobre Alesia, ninguna fija el verdadero solar que ocupó, puesto que esta fortaleza estaba situada en.....

QUÆRENS. — Perdonadme, maestro, si os interrumpo, pero aprovecho la ocasion para pedirós que me aclareis un hecho particular del dictador. Puesto que habeis vuelto á ver á Julio César, decidme, os ruego, si su figura se parece en verdad á la que Napoleon III, que reina actualmente en las Gálias, ha descrito en su grande obra sobre la vida de este famoso capitán.

LUMEN. — Mucho me alegraria, amigo mio, de poder aclararos este punto, si me fuese posible; pero considerad que aquí las leyes de la perspectiva me prohíben.....

QUÆRENS. — ¿ De la perspectiva?... De la politica, quereis decir?.....

LUMEN. — No, de la perspectiva (aunque estas dos cosas se parecen mucho), porque al ver á los grandes hombres desde el cielo, les juzgo de un modo diferente de lo que parecen al vulgo. Desde el cielo, vemos geométricamente á los hombres por lo alto y no de frente, es decir, que cuando

están en pié, no tenemos de ellos más que una proyección horizontal. Ya os acordáis que un día hemos pasado juntos, en globo, por encima de la columna Vendôme en París, y que me hicistéis la reflexión que Napoleón, visto desde lo alto, no excedía del nivel de los demás hombres. Lo mismo sucede con César. Desde el otro mundo las medidas materiales desaparecen: no quedan más que las medidas intelectuales.

Sea lo que fuere, de Julio César me remonté hasta los cónsules y los reyes del Lacio, para detenerme un instante ante el rapto de las Sabinas, que me fué muy satisfactorio de poder observar directamente, como tipo de las antiguas costumbres. La historia ha embellecido muchas cosas y reconocí que la mayor parte de los hechos históricos reproducidos por los pintores, eran totalmente diferentes de los que se nos representa. En aquel mismo instante percibí al rey Candaule en Lidia, en la escena del baño que ya conocéis, la invasión de Egipto por los Etiopios, la república oligárquica de Corinto, la octava olimpiada de la Grecia, y á Isaias profetizando en Judea. Ví construir las pirámides por rebaños de esclavos que obedecían á capataces montados en dromedarios. Se me aparecieron las grandes dinastías de Babilonia y de la India y me ofreció la China las artes

maravillosas que poseía antes que naciera el mismo mundo occidental. Tuve ocasión de buscar el Atlántides de Platon y ví efectivamente que las opiniones de Bailly acerca de aquel desaparecido continente no son tan infundadas. En la Galia ya no se distinguía más que anchurosas selvas y pantanos; las mismas druidas habían desaparecido y los salvajes se parecían mucho á los que viven aun hoy día en Oceania. Era, por cierto, la *edad de piedra* vuelta á hallar por los arqueólogos modernos; mas tarde aun ví que el número de los hombres disminuía poco á poco y que la dominación de la naturaleza parecía pertenecer á una gran raza de monos, al oso de las cavernas, al león, á la hiena y al rinoceronte. Hubo un momento en que no solamente me fué imposible distinguir tan siquiera á un hombre en la superficie de este mundo, sino aun la menor huella de raza humana. Todo había desaparecido. Los temblores de tierra, los volcanes, los diluvios parecían ser los dueños de la superficie planetaria y no permitían ya la presencia del hombre en el seno de aquellas ruinas.

QUERENS. — Os confesaré, ¡Oh Lumen! que esperaba con impaciencia el momento en que llegaréis al paraíso terrestre, á fin de saber á punto

lijo en que forma se presentó la creacion de la raza humana sobre la Tierra. Mucho me sorprende que ni siquiera hayais soñado en esta importante observacion.

LUMEN. — Os cuento únicamente lo que he visto, curioso amigo, y me guardaré bien de substituir al testimonio de mis ojos los ensueños de mi imaginacion. Por consiguiente, os diré que no he notado la menor huella de ese Eden tan poéticamente descrito en las teogonias primitivas. Además, hubiera sido muy extraordinario que la semejanza entre el mundo que tenia ante mis ojos y la Tierra hubiese llegado hasta ese punto, tanto mas cuanto que si el paraiso terrestre tiene su razon de ser en la cuna de la humanidad, no veo que pueda tener la misma razon en el fin de la sociedad humana.

QUEBENS. — Creo, al contrario, que sería mas justo suponerle al fin que al principio, y mejor como recompensa que como preludio de una vida de sufrimiento. Pero ya que no le habeis visto, no insisto mas sobre esta cuestion.

LUMEN. — Me sucedió, en fin, al terminar la observacion de este mundo singular, cuya historia era precisamente lo contrario de la vuestra, ver animales maravillosos por su monstruosidad que

se batian por la orilla de vastos mares. Habia serpientes gigantescas armadas de zarpas formidables, cocodrilos que volaban sostenidos por alas orgánicas mas largas que su cuerpo, peces disformes cuya boca se hubiera tragado un buey, aves de presa lidiando horriblemente entre si en islas devastadas. Habia continentes enteros cubiertos de vastas selvas, de árboles con hojas enormes que crecian las unas sobre las otras, vegetales sombríos y severos, porque el reino vegetal no poseia ya ni flores ni frutos. Las montañas vomitaban cascadas inflamadas, los rios caian en cataratas, el suelo de los campos se abria como precipicios profundos en los cuales se hundian las colinas, los bosques, los rios, los árboles y los animales. Pero en breve me fué imposible distinguir hasta la misma superficie del globo; un mar universal me pareció que le cubria, y el reino vegetal, como el reino animal, se eclipsaron lentamente para dejar el puesto á una monotoná verdura surcada por relámpagos y blancas humaredas. Era, desde entónces, un mundo que se moria, y asistí á los últimos latidos de su corazon, relevados por resplandores pálidos é intermitentes. Parecióme luego que estaba lloviendo á la vez sobre su superficie entera, pues el sol no alumbraba ya mas que

nubes y surcos de lluvia. El hemisferio opuesto al sol me pareció menos sombrío que ántes y unas pálidas claridades se dejaban ver de cuando en cuando al través de las tempestades. Estos reflejos se hicieron mas intensos y se propagaron por toda la esfera. Habia anchurosas grietas candentes como el hierro en la fragua: así como el hierro sucesivamente encendido en la ardiente hornaza se vuelve rojo claro, luego anaranjado, amarillo, blanco é incandescente, así pasó el mundo por todas las facas de un fuego sucesivo. Su volúmen se acrecentó y su movimiento de rotacion disminuyó. El globo misterioso se volvió semejante á una esfera inmensa de metal fundido envuelta en vapores metálicos. Bajo la accion incesante de su cráter interior y de los combates elementales de esta extraña química, adquirió proporciones, y su esfera incandescente se convirtió en esfera de vapores. Desde entónces se fué desarrollando sin cesar y perdiendo su personalidad. El Sol que le alumbraba en un principio no le excedia mas en esplendor, y engrandecia él mismo su circunferencia en tal grado, que llegó á ser evidente para mí que el planeta vaporoso iba á perder su misma existencia absorbiéndose en la atmósfera engrandecedora del Sol.

Asistir al fin del mundo es un raro permiso. Así es que en mi entusiasmo no pude ménos de exclamar con cierta vanidad: « Hé aquí el fin del mundo, ¡oh Dios mio! y hé aquí la suerte reservada á las innumerables tierras habitadas! » — ¡No es el fin! respondió una voz al entendimiento de mi alma: *¡es el principio!*

— « ¿Cómo, el principio? pensé yo al momento.

— « El principio de la Tierra misma, respondió la misma voz. Has repasado toda la historia de la Tierra, *alejándote de ella con una velocidad mayor que la de la luz.* »

Esta afirmacion no me sorprendió tanto como el primer episodio de mi vida ultra terrestre, pues familiarizado ya con los efectos sorprendentes de las leyes de la luz, estaba preparado, en lo venidero, para cualquiera nueva sorpresa. Bien habia yo sospechado el hecho por ciertos detalles que no os he podido referir por no turbar la unidad de mi narracion, pero que eran, sin embargo, incomparablemente mas extraordinarios aun que la sucesion general de los acontecimientos.

QUÆRENS. — ¿Pero si realmente era la Tierra, como es que la observacion astronómica que hicisteis mas adelante para reconocerla en la conste-

lacion del Altar os ha indicado, al contrario, que el mundo que examinabais no era ni la Tierra ni un asterismo del Altar?

LUMEN. — Es porque esta misma constelacion habia cambiado á consecuencia de mi viaje por el espacio. En vez de las estrellas de tercera magnitud α γ y ζ , y de las estrellas de cuarta magnitud β , δ y θ que constituyen esta figura vista desde la Tierra, mi alejamiento hácia la nebulosa habia reducido estas estrellas á unos puntitos imperceptibles. Habia colocadas allí otras estrellas brillantes, que eran sin duda α y β del Cochero, θ , ϵ , η y aun acaso ϵ de la misma figura, estrellas diametralmente opuestas á las precedentes, cuando se está sobre la Tierra, pero que han debido interponerse allí cuando yo las dejé atrás. Las perspectivas celestes habian cambiado ya y se hacia, en verdad, casi imposible, determinar la posicion de nuestro Sol.

QUERENS. — No habia pensado yo en este inevitable cambio de perspectiva, mas allá de Capella. Así pues, es la Tierra misma lo que habeis visto. Además, su historia se ha desarrollado ante vos en sentido inverso de la realidad. Habeis visto los acontecimientos antiguos venir *despues* de los acontecimientos modernos. ¿Por qué

nuevo proceder ha podido la luz haceros subir por el rio del tiempo?

Ademas, ¡oh Lumen! segun me anunciasteis habeis observado particularidades curiosas relativas á la Tierra misma. Precisamente deseaba someteros varias cuestiones sobre estos pormenores. Así, diré con interes las historias extraordinarias que deben completar esta narracion, persuadido que, como anteriormente, responderán de antemano á mi curiosidad.
